

## ASPECTOS DE LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS

### SUMARIO

De las ciudades romanas a las islámicas .....	78
Ciudades antiguas y ciudades nuevamente fundadas .....	81
Ciudades yermas .....	82
Población y desarrollo urbanos .....	84
El solar y sus contornos .....	86
Cementerios .....	88
La cerca y sus puertas .....	89
Organización de la ciudad: la medina, los arrabales y los barrios ..	91
Calles principales, adarves, calles encubiertas y arquillos .....	93
Plazas .....	97

**P**ARA un español o un europeo, las palabras siguientes con las que se intenta analizar la estructura común a muchas de las ciudades medievales de la Península ibérica, de la que aún subsisten residuos de importancia en varias, tal vez ofrezcan alguna novedad. Pero, en cambio, el vecino de una urbe musulmana de Oriente o del Norte de Africa encontrará descritas en estas páginas disposiciones que le son familiares y un escenario poco distinto del de su vivir diario.

La huella de la civilización islámica sobre la estructura de nuestras ciudades fué intensa y duradera; el cuadro, el escenario de la vida cotidiana, quedó marcado con rasgos perennes en las urbes del Anda-

lus por el hecho de su islamización. Tópica, pero justa, es la afirmación, repetida por no pocos visitantes de la Península, del orientalismo de sus ciudades meridionales. Intentaré decir en qué consiste, cuáles son los rasgos que, diferenciándolas profundamente de las restantes de Occidente, las emparejan con las islámicas. La descripción de los aspectos urbanos debería completarse exponiendo lo que en la psicología y en el espíritu de sus pobladores perdura de añejo orientalismo. Pero esto último cae fuera de mi competencia y de mis fuerzas; me limitaré tan sólo a describir los rasgos esenciales de las ciudades españolas islámicas y las disposiciones de ellas supervivientes al paso de varios siglos y a mudanzas tan radicalés como son siempre las producidas por el cambio de religión e idioma.

*De las ciudades romanas a las islámicas.*

Período oscurísimo el visigodo, ignoramos cómo eran las ciudades de las que se adueñaron los musulmanes, por acción militar o por pacto, en su prodigiosamente rápida conquista del Andalus a comienzos del siglo VIII. La arqueología nos dice que entre el suelo islámico de las urbes existentes entonces, como Córdoba, Sevilla, Valencia, Granada y Málaga, y el de las mismas en los primeros siglos de la era cristiana, se interpone una gruesa capa de tierra y escombros, variable generalmente entre los 2 y los 5 mts. de altura. ¿Qué catástrofes, qué desastres terminaron con esas espléndidas ciudades, de admirable urbanización, de monumentalidad en parte hoy no superada, levantadas por Roma en la Península ibérica, como en todos los extensos dominios de su Imperio? La Historia, tan escasa en fuentes para este extremo occidental de nuestro continente entre los siglos IV y VIII, lo calla, y la Arqueología, apenas interrogada científicamente, no es más explícita.

Cuando a comienzos del siglo VIII los musulmanes invadieron el Andalus, en muchas de cuyas ciudades penetraron sin lucha, las romanas estaban en gran parte destruidas desde hacía tiempo y sobre sus escombros se levantaban otras visigodas mucho más humildes. Demuestra la pobreza de estas últimas la inexistencia de ruinas o construcciones de esa época; bastantes de las de la romana; en cambio, se citan y describen con admiración por viajeros, geógrafos e historiadores islámicos, que apenas aluden a alguna rara del período inmediatamente posterior.

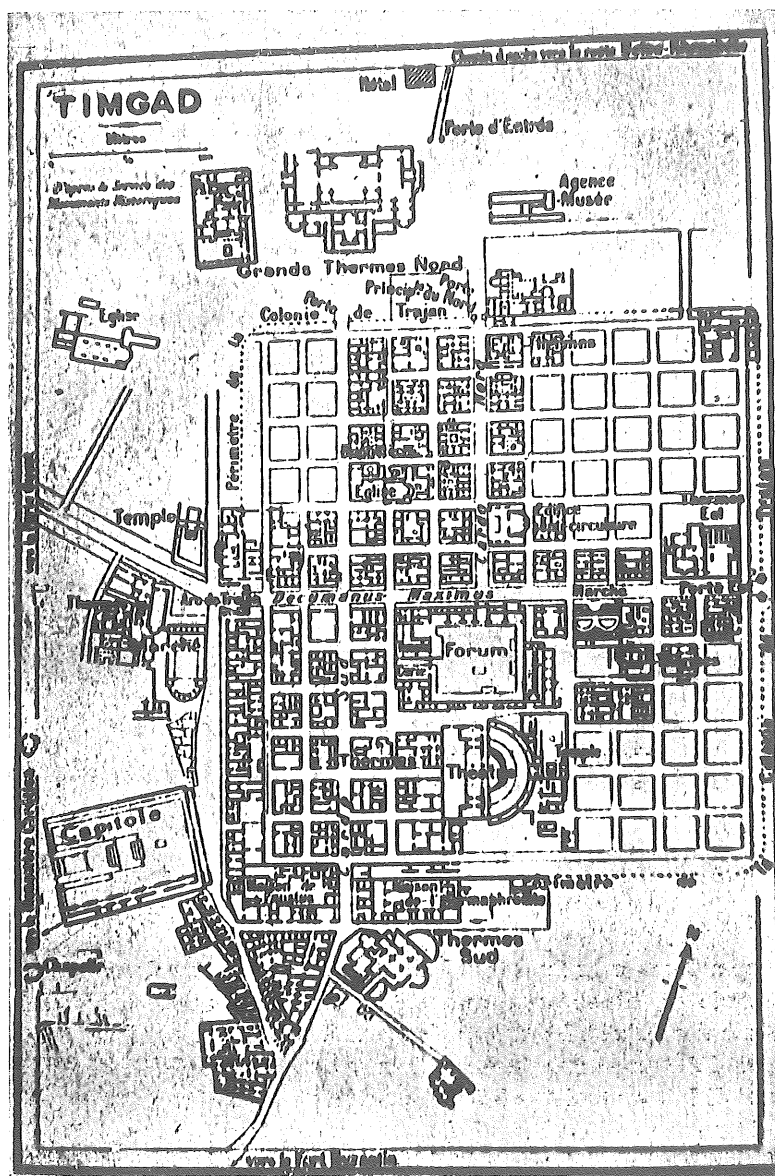


Fig. 1<sup>a</sup> — Timgad (Argelia). Plano de las excavaciones.

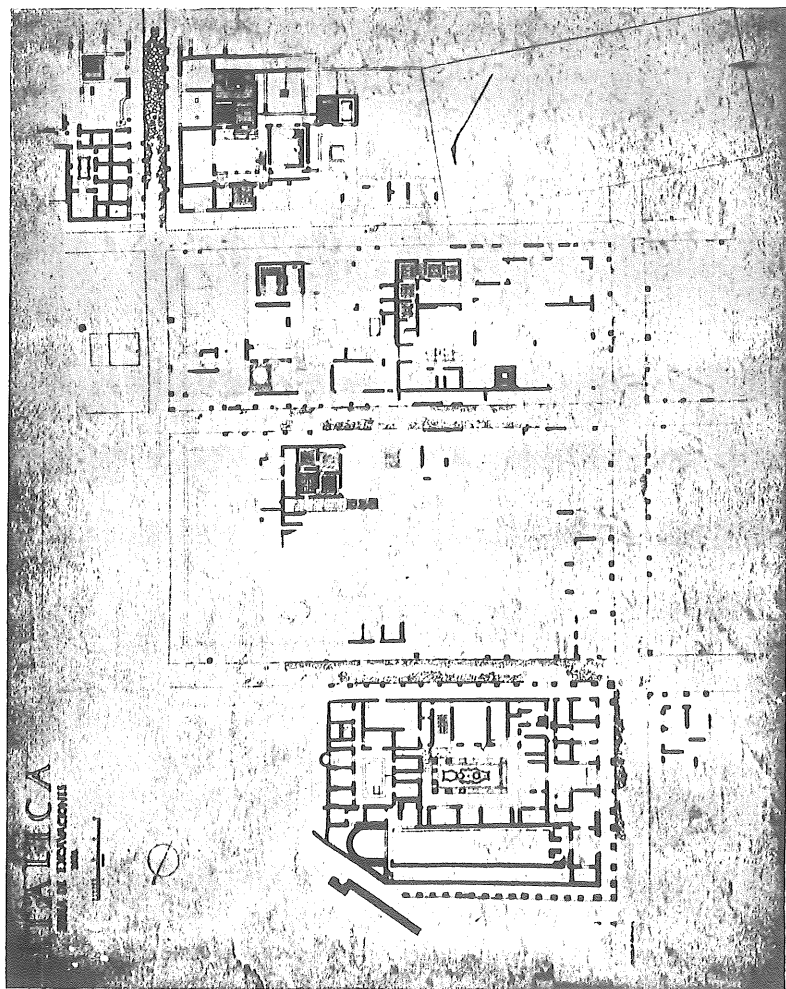


Fig. 2<sup>a</sup> — *Itálica* (Sevilla). Plano parcial de las excavaciones.

A falta de precedentes inmediatos de las ciudades hispanomusulmanas, cumple remontar a las anteriores romanas para estudiar ese tránsito, suponiendo, hipótesis no muy aventurada, que las de los siglos VI y VII eran pobres remedos de las imperiales.

Las calles de la mayoría de éstas, sobre todo de las muchas fundadas en los primeros siglos de la era cristiana, disponíanse según un trazado regular; al cortarse normalmente determinaban manzanas cuadradas o rectangulares. En sus ejes acostumbraba haber dos calles principales, una norte-sur, el *cardo maximus*, y otra este-oeste, el *decumanus maximus*, en cuyo cruce, en el centro de la ciudad, emplazábase el foro, gran plaza en la que se levantaban algunos de los edificios públicos más importantes. Pórticos bajo los cuales circulaban las gentes a resguardo de la lluvia y del sol bordeaban esas calles principales y algunas de las paralelas secundarias (fig. 1<sup>a</sup>).

En una pequeña parte excavada metódicamente de la ciudad romana de Itálica (hoy Santiponce), junto a Sevilla, se ven los restos de las calles normales porticadas, limitando manzanas rectangulares (fig. 2<sup>a</sup>). En los planos actuales de las ciudades de León, de Abolengo cristiano, y de Zaragoza, de pasado islámico, reconócese aún la huella de esa su primitiva estructura.

Un autor musulmán, al *Ḥimyarī*, señala extrañado la para él insólita disposición del trazado en cruz de las calles de Zaragoza, con cuatro puertas en los extremos de las dos más importantes<sup>1</sup>. Cúmplase en este caso — ya veremos cómo también en otros muchos en nuestras viejas ciudades, que ahora empiezan a transformarse — la ley de la permanencia del trazado de sus vías, mientras que las edificaciones que las bordean han sido reconstruidas repetidamente en el transcurso de los siglos.

Opuesto, antitético a ese trazado de calles regulares, vías todas de tránsito público, sin solución de continuidad, es el de las musulmanas, tanto orientales como occidentales, pues la islamización supuso un molde uniforme urbano, consecuencia del sistema de vida.

Las ciudades musulmanas se caracterizan, en efecto, por la gran irregularidad de sus manzanas, separadas por calles angostas que se quiebran y tuercen a cada paso, formando una red complicadísima.

<sup>1</sup> *La Péninsule Ibérique au moyen âge d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-Mi'tar... al-Ḥimyarī*, edic. E. Lévi-Provençal (Leiden 1938), pp. 96-97 del texto árabe y 118-119 de la trad. francesa.

De ellas arrancan angostos callejones ciegos, sin salida, que penetran profundamente en las manzanas para dar ingreso a las viviendas (fig. 3ª).

En las urbes occidentales lo primero que existe es la calle, en forma de sendero o camino, lo mismo cuando su crecimiento es espon-

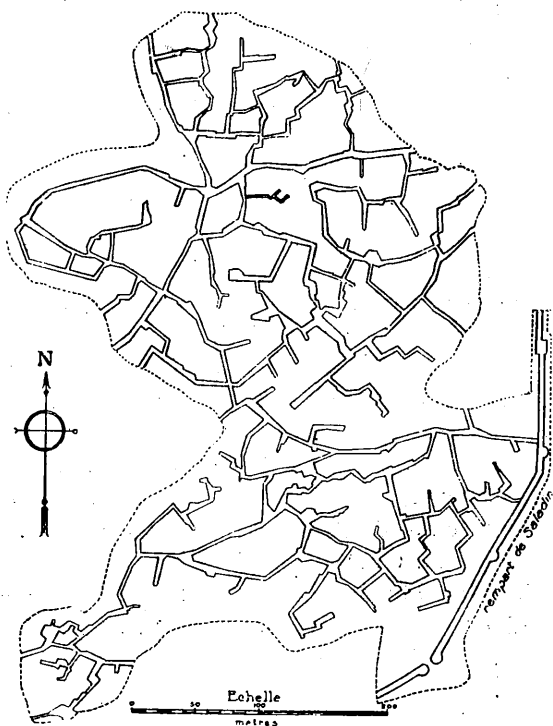


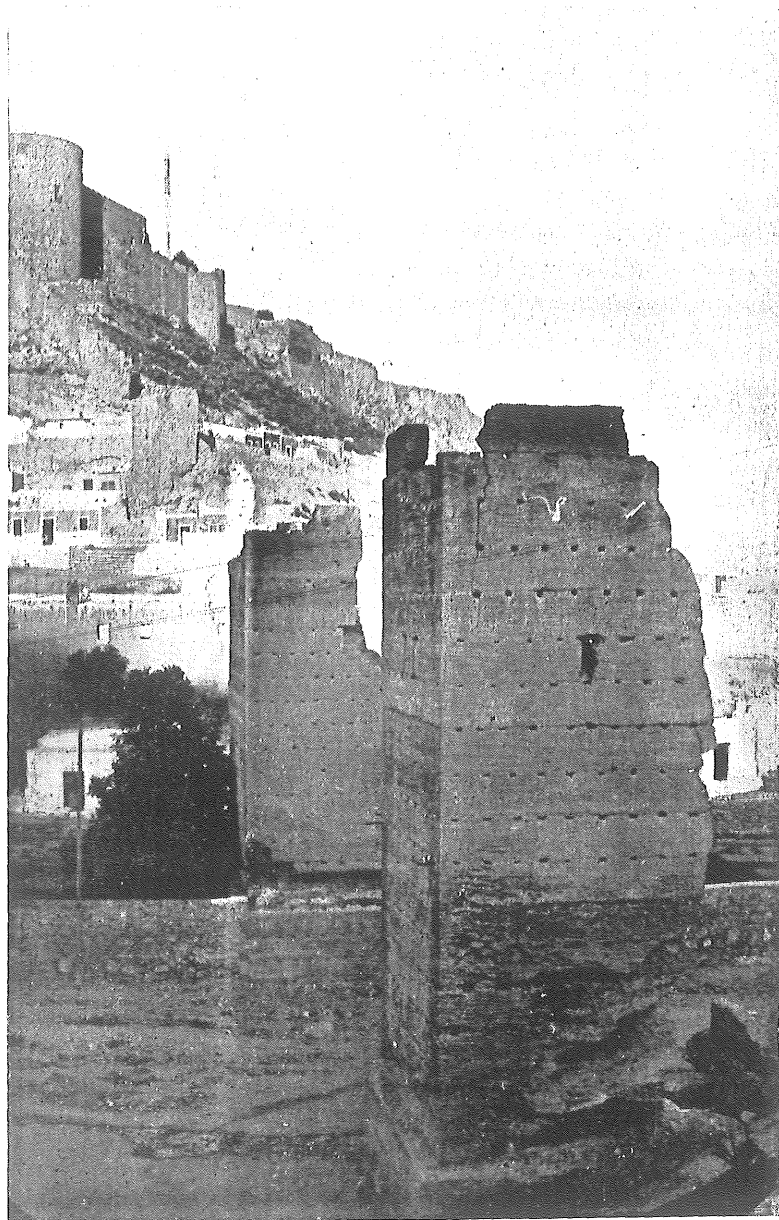
Fig. 3ª - Fustat (Egipto): Plano de un barrio excavado.

táneo que cuando se trata de un plan fijado de antemano, y las casas se van construyendo a uno y otro lado de esas vías. En las ciudades islámicas son las casas las que al irse yuxtaponiendo determinan la forma de las calles, tanto de las que sirven de acceso a las viviendas como de las de tránsito.

El paso de dos ciudades orientales de abolengo romano, Damasco y Alepo, al período islámico, ha sido estudiado recientemente de mane-



Fig. 3" — Córdoba. Plano de la ciudad en 1811.



*Fig. 4<sup>a</sup> — Almería. Alcazaba y murallas (siglo XI).*



ra perfecta por el malogrado Sauvaget. En la Península ibérica es imposible realizarlo, por las razones expuestas. Los datos más antiguos que de las hispanomusulmanas poseemos se refieren al momento de máximo esplendor de Córdoba en el siglo X, cuando era la más rica y poblada del occidente europeo. Tenía ya entonces una estructura totalmente islámica, semejante a las orientales como Damasco, Fustat, y El Cairo <sup>1</sup> (fig. 3ª). Esa disposición llegó formada a la Península desde Oriente, donde el proceso transformador pudo realizarse por su ininterrumpida vida urbana, mientras que en nuestro país, como la investigación arqueológica revela, los restos de las ciudades romanas yacían en el siglo VIII bajo gruesa capa de escombros.

El estudio de las ciudades hispanomusulmanas puede hacerse a base de textos antiguos, islámicos y cristianos, pero sin olvidar que en varias de las del Andalus sobreviven bastantes disposiciones medievales. Pues el islamismo urbano, a diferencia de otros aspectos de esa civilización, no es huella borrada en el transcurso de los siglos, recuerdo perdido en un pasado lejano, sino realidad subsistente en muchas villas y ciudades de la España de hoy.

*Ciudades antiguas y ciudades nuevamente fundadas.*

Al invadir y adueñarse los musulmanes de la Península ibérica a comienzos del siglo VIII, encontraron en ella numerosos núcleos urbanos, algunos importantes y varios con un pasado plurisecular. Florecientes ciudades romanas muchas de ellas durante los siglos I al III, unas nacieron entonces por la voluntad del gran pueblo colonizador; otras se superpusieron a poblados ibéricos de oscuro y remoto origen.

Las invasiones de fines del siglo III y de los siguientes acumulaban en su recinto urbano, como antes se dijo, no escasas ruinas. Al entregarse la mayoría a los invasores musulmanes por convenio y rendición, sin largos asedios ni prolongadas luchas, la vida debió de seguir en ellas su curso normal, sin soluciones de continuidad. Su aspecto iría transformándose lentamente; en los primeros tiempos las murallas protectoras serían las mismas romanas — aún se conservan

<sup>1</sup> J. Sauvaget, *Esquisse d'une histoire de la ville de Damas* (*Revue des Études Islamiques*, VIII, París 1934), pp. 421-480 y *Alep* (París 1941); *Le Caire*, por Marcel Clerget (El Cairo 1934).

partes considerables de las de Carmona y Coria — o visigodas, reparadas en forma provisional, como ocurrió en Córdoba en el siglo VIII.

Algunas ciudades nuevas fundáronse en la España islámica. Pocas se levantaron sobre un suelo virgen de construcciones; la mayoría debieron de formarse por el acrecentamiento de pequeñas aldeas, merced a circunstancias diversas. Alguna responde a un capricho regio, como la famosa *Madinat al-Zahrā'*, cuya vida no alcanzó el siglo; otras, como Calatrava la Vieja, Medinaceli y Calatayud, eran etapas en caminos de los más importantes de la Península. Almería nació de la necesidad de un puerto para la comunicación con el oriente mediterráneo, y Murcia a causa de la riqueza agrícola de su vega.

No existen referencias de la fundación islámica de otras varias villas y ciudades, pero parece acreditarla su nombre arábigo más o menos transformado al castellanizarlo. Así las «Medina» (de *madīnat*, ciudad); las «Alcalá» (El Castillo); las muchas que comienzan con «Cala» (Castillo); las «Albalate» (El Palacio); Albacete (El Llano); Alceira (La Isla); Almadén (La Mina); Ateca (La Antigua), Tarifa, etc.

#### *Ciudades yermas.*

Han desaparecido algunas de las ciudades antiguas que pasaron a ser musulmanas cuando la conquista y otras fundadas en época islámica. Y estas agrupaciones urbanas, yermas desde hace siglos, despobladas, en las que, como decía Ibn Jaldūn en el siglo XIV de las inmediatas a Tremecén, no se encuentra un solo hogar con lumbre ni se oye el canto del gallo <sup>1</sup>, son tal vez las que más despiertan nuestro interés, atraído por el perfume de melancolía que emana de su vida efímera y por el misterio que envuelve la desaparición de varias, de las que ignoramos hasta el nombre. La razón primordial de su muerte fué la de no reunir su emplazamiento las condiciones naturales y geográficas necesarias para subsistir. De poseerlas, hubieran renacido una y otra vez, con vitalidad renovada, a través de toda clase de catástrofes. Fundáronse obedeciendo a factores, temporales como humanos, militares o políticos casi siempre. Si algún día se da más importancia que hoy a los estudios de historia urbana, sus solares desiertos

<sup>1</sup> Ibn Jaldūn, *Histoire des Berbères*, trad. Slane, t. III (París 1934), p. 339.

serán magníficos campos de excavación, susceptibles de revelarnos importantes datos históricos.

Quedarían pronto abandonadas, poco después de la conquista musulmana, la visigoda Recópolis, Mentesa y Cazlona, estas dos últimas importantes ciudades romanas en tierras de Jaén. Antes del siglo X se despobló Santaver, famosa en las revueltas de los beréberes, junto a la confluencia del Guadiela y el Tajo, cuyo solar ha quedado o quedará en breve sumergido bajo las aguas de un pantano.

Desaparecieron, también, entre otras, Calsena, bien poblada en los primeros tiempos de la dominación musulmana, capital de la provincia de Sidona; Tejada, al sur de Sevilla, desierta ya en el siglo XIV, cuyas murallas aún enhiestas sirvieron recientemente para grava de una carretera; Albalate, en uno de los caminos de tránsito de Toledo a Extremadura, avivado recientemente su recuerdo por el hallazgo de dos lápidas sepulcrales de su cementerio; Bobastro, último refugio de 'Umar ibn Ḥafsūn, cuyo emplazamiento en lugar de los más escabrosos de España la condenaba a breve y artificial vida; Medina Elvira, despoblada por emigración de sus habitantes, a principios del siglo XI a la mucho mejor emplazada Granada; Calatalifa, de situación incierta, a orillas del Guadarrama. Corta fué asimismo la vida de la espléndida ciudad áulica de Madīnat al-Zahrā', a poca distancia de Córdoba, en las faldas de Sierra Morena, cuyo recuerdo perdióse durante siglos y que hoy se excava con felices resultados. En cambio, discútese el emplazamiento de Madīnat al-Zāhira, levantada por Almanzor a orillas del Guadalquivir, muy cerca de Córdoba, aguas arriba, dicen unos, aguas abajo, sostienen otros.

En lugares solitarios, lejos de toda población importante, aún se levantan los muros ruinosos de Vascos y Calatrava la Vieja. Ignórase a qué ciudad islámica pertenecieron los de la primera, situados en un lugar de agreste belleza de la Jara toledana<sup>1</sup>. Calatrava, a orillas del perezoso Guadiana, en lugar insalubre, fué teatro de no pocas acciones guerreras, cuyo eco resuena en nuestras crónicas e historias medievales, y se abandonó a comienzos del siglo XIII, por traslado a Calatrava la Nueva, cuya destrucción por los caballeros de esa Orden encargados de su custodia, es una vergüenza histórica.

<sup>1</sup> Antigüedades toledanas, *La «ciudad de Vascos»*, por el conde de Cedillo (*Bol. de la Soc. Española de Excurs.*, XXXIV, Madrid 1926, pp. 5-15); Fernando Jiménez de Gregorio, *La Ciudad de los Vascos* (*Arch. Esp. de Arqueología*, XXII, 1949, pp. 175-194). Vas-

*Población y desarrollo urbanos.*

En la época de los reinos de taifas y bajo el dominio almorávide (siglos XI y primera mitad del XII) había en la España musulmana varias ciudades florecientes, rodeadas de fuertes murallas, con una compleja organización urbana, numerosos zocos bien abastecidos, abundantes baños y alhóndigas, casas y palacios que causaban la admiración de los visitantes extranjeros. Centros, algunos de ellos, de un activo comercio con el oriente mediterráneo y otros lugares, alcanzaron también notable desarrollo industrial.

Las poblaban un número de habitantes muy superior al que los modernos historiadores calculan para las incipientes contemporáneas de los restantes países occidentales. Algunas urbes del Andalus, antes de la segunda mitad del siglo XI, eran como reducidas sucursales de las grandes de Oriente, de Bizancio, de Bagdad, de Damasco, de El Cairo, en una Europa semibárbara.

Hacia el año 1100 existían en la España musulmana ocho ciudades por lo menos — Córdoba, Toledo, Almería, Granada, Mallorca, Zaragoza, Málaga y Valencia —, ricos y populosos centros de civilización, cuyo recinto murado ocupaba más de cuarenta hectáreas y su población excedía de las 15.000 almas.

Para encontrar en la misma época agrupaciones humanas semejantes y aun bastante mayores, habría que acudir a las comarcas del otro extremo Mediterráneo, a Constantinopla, la de mayor población de la cuenca del mar interior, cercana en los siglos X y XI al millón de habitantes; a El Cairo fatimí (958-1071 de J. C), cuyas murallas comprendían unas ciento cuarenta hectáreas y en la que se calcula vivían en el siglo XI 300.000 almas, la mitad intramuros.

Por los mismos años, en el resto del mundo occidental apenas si empezaba a acusarse un pobre e incipiente desarrollo urbano. «Hacia el año 1100 — ha escrito el danés Valdemar Vedel, más atento a los países del centro y del norte de Europa que a los meridionales — vemos las campiñas pobladas de monasterios y solitarios castillos feudales, chozas de barro y aldehuelas acurrucadas al pie de abadías y

cos fué ciudad islámica, fundada probablemente en el siglo X o en el XI; a fines de este último o en el siguiente, quedaría despoblada.

castillos diseminados por vastas comarcas inaccesibles, espesísimas selvas, tristes páramos y regiones montañosas»<sup>1</sup>.

Entre el valle del Loire y el del Rin, en los siglos IX y X, las ciudades tenían una superficie reducida de tres a cuatro hectáreas; París apenas llegaba a nueve. Las murallas de casi todas eran las mismas, restauradas, de los últimos e intranquilos tiempos del Imperio romano. El aumento demográfico urbano acusóse, sobre todo en la Europa occidental, a partir del siglo XII para continuar rápidamente y sin interrupción hasta fines del XIII. Este último fué el del apogeo de las grandes ciudades en Italia, en Flandes y en Francia; posteriormente, y en más reducidas proporciones, acrecentáronse las inglesas y alemanas<sup>2</sup>.

Ya entonces, el espléndido desarrollo urbano de las islámicas de la Península era un recuerdo perdido en el vasto mundo de la Historia. Al pasar a manos cristianas varias de las más importantes — Córdoba, Sevilla, Mallorca, Almería, Badajoz, Jaén, Zaragoza y Jerez de la Frontera — interrumpióse su vida económica con la expulsión de los pobladores musulmanes, mientras las de los restantes países del occidente europeo seguían su marcha ascendente, sin soluciones de continuidad, hasta principios del siglo XIV, época en la que parece marcarse una interrupción en el aumento demográfico de varias de ellas, justificada en gran parte por terribles pestes, guerras incesantes y perturbaciones sociales.

El resurgimiento de la civilización urbana, es decir, de la civilización por antonomasia, inicióse, pues, en el occidente europeo, tras el largo eclipse de los primeros siglos medievales, en la España musulmana. El renacimiento románico de fines del siglo XI y del XII, prólogo del espléndido gótico del XIII, debióse en gran parte, como es bien sabido, a la influencia oriental recibida por varios caminos; el marítimo primero, a través de la Península ibérica; algo más tarde, los que pasaban por los puertos italianos y la Europa central<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Valdemar Vedel, *Ideales de la Edad Media*, III, La vida en las ciudades (Barcelona 1931), p. 7.

<sup>2</sup> F. L. Ganshof, *Etude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au moyen âge* (Paris, Bruselas 1943), pp. 11-12 y 24; Henri Pirenne, *Les Villes du moyen âge* (Bruselas 1927), pp. 17, 90-91 y 119 y *Histoire du moyen âge, La civilisation occidentale au moyen âge du XI<sup>e</sup> au milieu du XV<sup>e</sup> siècle* (Paris 1933), t. VIII de la «Histoire Générale» publicada bajo la dirección de G. Glotz, pp. 62-63; Ferdinand Lot, *Naissance de la France* (Paris 1948).

<sup>3</sup> Sobre estos problemas aparecerá en breve un trabajo nuestro: *Demografía y desarrollo urbano en la España islámica*.

*El solar y sus contornos.*

Muy variable era el emplazamiento de las ciudades del *Andalus*, tanto de las de antigua fundación como de las pocas nuevamente fundadas por los musulmanes. La mayoría se extendían por las laderas de un cerro, cuya cumbre ocupaba el castillo o alcazaba, en busca de favorables condiciones defensivas. Si al pie de aquél pasaba un río, se acrecentaban con la existencia de ese foso natural. Cuando el río formaba un meandro, rodeando en gran parte una colina, la ciudad asentada en ésta podía considerarse inexpugnable, al cerrar por fuerte muralla el istmo de acceso. Tal es el caso de Toledo, rodeada por el Tajo; de Albarracín, por el Turia, y de Arcos de la Frontera, por el Guadalete.

Solares de más complicado relieve, como los de Calatayud, Daroca, Játiva y Granada, exigían la fortificación de las varias colinas que dominaban la agrupación urbana. Cinco son las que rodeaban gran parte de Calatayud, cuya calle principal, uniendo dos puertas de la muralla, ocupaba el fondo de un barranco; tan sólo por su lado oriental, hacia la vega, quedaba la población abierta, pero en ella el Jalón era foso eficaz para su defensa.

Cuenca emplazóse en un áspero cerro a cuyo pie confluyen el Júcar y el Huécar, de hondo cauce; Calsena, ciudad desaparecida, estaba en la confluencia del Guadalete y el Majaceite; Alcira es nombre castellanizado de la palabra árábica que significa «la isla», por ocupar una del Júcar; marítima es la pequeña que dió nombre a Algecira.

Tres ciudades de las más importantes de la Península en todas las épocas, populosas ya en las romana y visigoda, Zaragoza, Toledo y Córdoba, eran importantes cabezas de puente, como ahora se dice, defensa de los que servían para pasar el Ebro, el Tajo y el Guadalquivir a la gran vía, arteria siempre la más principal de España, que unía Narbona y Barcelona con Andalucía, por el camino natural del Jalón y el Henares. Toledo gozaba de un emplazamiento excepcionalmente fuerte, al que se ha aludido antes; en Zaragoza y Sevilla, situadas en terreno llano, fortificaciones considerables tuvieron que suplir la falta de accidentes naturales para su defensa, que tan sólo el río facilitaba en parte de su perímetro.

La España musulmana era un país esencialmente agrícola y los

habitantes de sus ciudades — tan sólo unos pocos privilegiados disfrutarían de jardines en el interior del recinto murado — sentían la necesidad de alejarse de tiempo en tiempo del apretado núcleo urbano para vivir en sus alrededores, en casas entre huertos y vergeles, en contacto íntimo con la naturaleza.

Afirma Burckhardt en una de sus más célebres obras — *La cultura del Renacimiento en Italia* — que los italianos fueron los primeros entre los hombres de la edad moderna en ver el paisaje como un objeto más o menos bello, complaciéndose en contemplarlo; en el norte de Europa, en la edad media — escribió —, no vivían en el campo más que los nobles en sus castillos y los miembros de algunas órdenes religiosas en sus monasterios; los burgueses, aun los más ricos, residían todo el año, sin excepción, en la ciudad. En Italia, en cambio, en los alrededores de ciertas ciudades la seguridad política y el orden público eran mayores y, además, la afición al campo tan grande, que las gentes preferían correr los riesgos consiguientes en caso de guerra. Así nació la *villa* o casa de campo <sup>1</sup>.

Ignoraba Burckhardt la civilización hispanomusulmana, por lo que atribuyó a la Italia medieval el renacimiento del amor a la naturaleza y a la vida campestre, tan intensos siglos antes en el Imperio romano. En época más remota que en la Península vecina, la prosperidad material y la cultura del espíritu llegaron a un desarrollo suficiente en la España islámica para que brotasen de nuevo esos sentimientos. Las *villas* construidas por los florentinos en la primera mitad del siglo XIV en los alrededores de su ciudad, más hermosas que las casas urbanas, levantáronse siglos después que las espléndidas almunias y palacios en torno a Córdoba, a Valencia y a otras muchas poblaciones islámicas españolas.

Casas de campo — almunias y alquerías — torres y palacios, medio ocultos entre huertos, jardines y arboledas, formaban una verde cintura, entre la que destacaban las paredes enjalbegadas de las viviendas campestres, alrededor de las ciudades hispanomusulmanas. Monarcas y grandes señores construían residencias extramuros en las que descansar, rodeados de árboles y flores, lejos de la agitación urbana. Todos los reyezuelos de taifas del siglo XI tuvieron palacios campestres cerca de su corte, siguiendo el ejemplo de los príncipes cordo-

<sup>1</sup> Jacob Burckhardt, *La cultura del renacimiento en Italia*, trad. de José Antonio Rubio (Madrid 1941), pp. 185 y 252.

beses, y la muchedumbre de poetas asalariados que vivían a su alrededor cantaron con frecuencia las horas deliciosas pasadas en dichos lugares y describieron repetidamente las arboledas, flores y aguas corrientes que los embellecían.

Los habitantes de esas ciudades acostumbraban pasar temporadas en las casas de campo de sus contornos, entre huertos y jardines, lo mismo monarcas y grandes señores que gentes de modesta condición social.

Tenían en ellos sus añazeas, fiestas o jolgorios que escandalizaban a los puritanos castellanos. Los moros de Granada, Murcia y Jaén celebraban en el campo la pascua de los «alaceres» o «alerces» (del árabe *aṣīr*, vendimia, otoñada, tiempo en que se hace la recolección de los frutos), en el mes de setiembre, durante la cual, dejando las casas de la ciudad en que habitaban la mayor parte del año, iban a vivir a las situadas entre viñas en sus contornos, y en ellas hacían la pasa, distraídos con bailes y zambras para los que se vestían con vistosos trajes y ricos aderezos; a los hijos engendrados en dichos lugares, los conceptuaban de dichosos y bienaventurados <sup>1</sup>.

#### *Cementerios.*

Refiere Cervantes en *Don Quijote* que Crisóstomo, el pastor estudiante, «mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro». En las ciudades medievales cristianas, muertos y vivos se amontonaban en el interior del recinto murado, pues los primeros enterrábanse alrededor y dentro de las iglesias. En las islámicas, en cambio, lo mismo que en las romanas, las generaciones desaparecidas ocupaban lugares extramuros, terrenos al borde de los caminos que conducían a sus puertas. Algunas de éstas se llamaban, como la inmediata al cementerio de Lisboa, Puerta del Cementerio, *Bāb al-ma-qābir*. Aún conserva ese nombre castellanizado — Puerta de Almocóbar o Almocábar — la meridional de Ronda, obra del siglo XIII o del XIV. Tan sólo algún santón o personaje muy venerado enterrábase a veces en el interior de la ciudad, junto a la *rabīṭa* o *zāwiya* en la que había hecho vida piadosa <sup>2</sup>. En caso de estar la ciudad sitiada,

<sup>1</sup> *Los contornos de las ciudades hispanomusulmanas*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XV, Madrid 1950, pp. 437-486).

<sup>2</sup> *Rábitas hispanomusulmanas*, por L. T. B. (*Al-Andalus*, XIII, 1948, pp. 475-491).



como ocurrió en Valencia asediada por el Cid, era obligado sepultar a los muertos en las pequeñas plazas del interior del recinto.

Los viajeros piadosos, antes de penetrar en la ciudad podían, pues, invocar la misericordia divina para los pobladores de la vasta de los muertos.

No había en esos cementerios grandes monumentos ni mausoleos ostentosos, reñidos con la austeridad religiosa islámica y propios de la vanidad póstuma, la más pueril e injustificada de todas. Al-Ĥimyarī refiere cómo un soberano de taifas de Zaragoza quiso construir un mausoleo cubierto con una cúpula, es decir, una *qubba*, sobre la sepultura de dos ilustres *tābiʿūn*, que descansaban en el cementerio oriental de esa ciudad, *al-maqbarat Bāb al-qibla*. Pero no llegó a ejecutar el proyecto, pues una virtuosa mujer de acrisolada honradez le dijo habérsele aparecido en sueños ambos personajes, manifestándole su deseo de que no se levantara construcción alguna sobre sus fosas <sup>1</sup>.

El viajero alemán Münzer asistió a un sepelio en 1494 en el cementerio musulmán mayor de Granada, a la salida de la Puerta de Elvira, cuya parte antigua estaba plantada de olivos. Cerca de la fosa — escribe — había siete moras sentadas vestidas de blanco; el *imām*, vuelto hacia Oriente, cantaba a grandes voces o más bien emitía un incesante clamor, mientras las mujeres echaban en la fosa olorosas ramas de arrayán <sup>2</sup>.

Las tumbas y el recuerdo de los que en ellas yacían señalábanse casi siempre por medio de estelas hincadas en tierra en su cabecera; otra más reducida solía colocarse a los pies. Las más altas apenas llegaban al metro y medio.

#### *La cerca y sus puertas.*

Una fuerte y alta cerca torreada protegía el recinto urbano (fig. 4<sup>a</sup>). Tras ella, los vecinos podían sentirse seguros. Los reyes castellanos, desde Alfonso VI, conquistada Toledo y la línea del Tajo, hacían periódicas y rápidas excursiones por el territorio musulmán, llegando

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule Ibérique au moyen âge*, p. 97 del texto árabe y 119 de la trad. francesa.

<sup>2</sup> Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal, 1494-1495*, trad. López Toro (Madrid 1951), pp. 39-40.

hasta las costas mediterráneas. Asolaban campos, aldeas, almunias y alquerías, pero lejos de sus dominios, en país enemigo y sin máquinas para abrir brecha en las cercas, los ciudadanos, tras los muros, veían pasar las tropas cristianas sin otra consecuencia que la devastación de los contornos.

A mediados del siglo XII, el Idrīsī cita dos ciudades del sudoeste de la Península desprovistas de murallas y cercamiento alguno: Sal-tés, en una pequeña isla, cerca de Huelva, despoblada desde hace siglos, y Santarén. Constructores los romanos para la eternidad, las murallas de varias de sus ciudades, como Carmona, Zaragoza, Coria y Cáceres, restauradas y recrecidas, aún las protegían en su posterior período islámico. Algunas de las cercas levantadas por los musulmanes eran de piedra, como las de Tortosa, Algeciras, Huelva, Huesca, Toledo y Madinat al-Zahrā'.

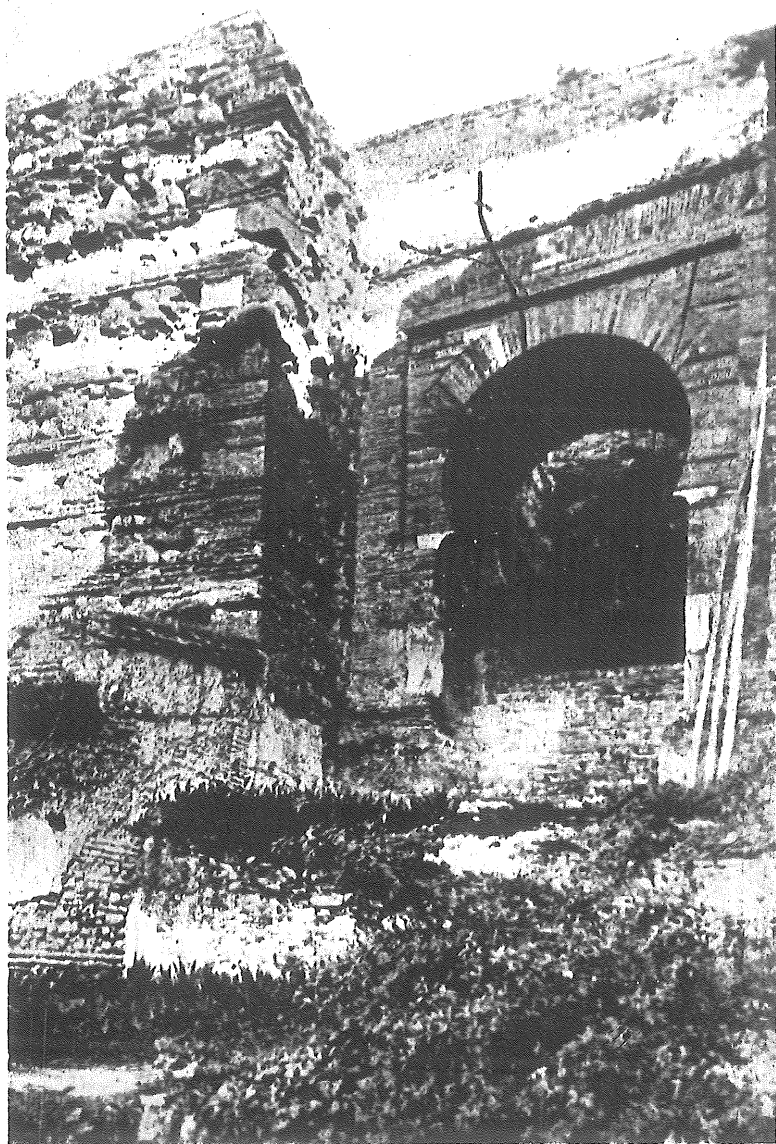
Las villas cercadas favorecían las tendencias a la rebeldía contra el poder central, siempre prontas a brotar en suelo hispánico, por lo que 'Abd al-Rahmān III, al ir sujetándole en el siglo X, en penosa labor unificadora, mandó derribar no pocas, entre ellas las de Toledo, Sevilla y Écija.

Durante unos cuantos años pudieron extenderse las ciudades del interior, es decir, las no fronterizas ni costeras, libres del agobio de su cinturón defensivo, como lo estuvieron las imperiales romanas desde el siglo I hasta fines del III.

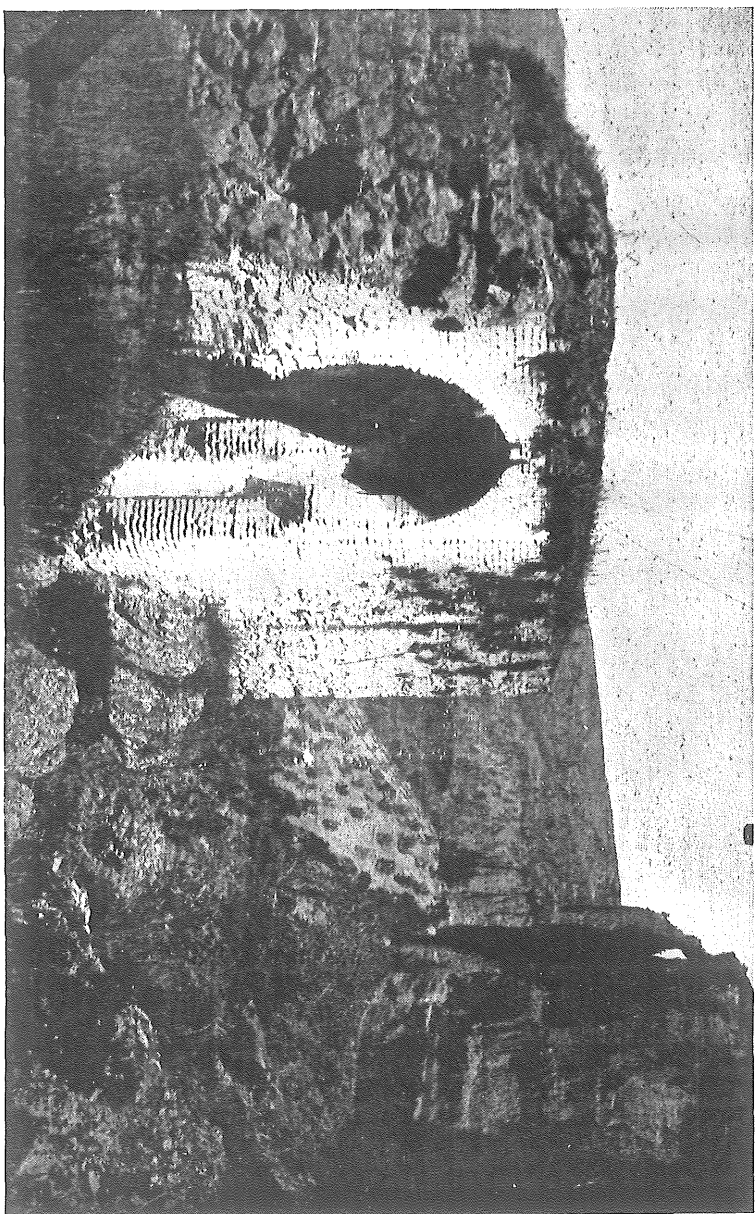
El monarca almorávide 'Alī b. Yūsuf instituyó un impuesto sobre las edificaciones en la primera mitad del siglo XII, cuyo importe destinó a la renovación o construcción de los muros de las principales ciudades del Andalus<sup>1</sup>. Dicho monarca mandó levantar los que rodeaban a Sevilla, los de la Ajarquía de Córdoba y parte de los de Granada. De ese tiempo será también la cerca de Niebla, conservada casi íntegramente, y la de Jerez de la Frontera, de la que existen algunos restos. Ambas son de tapial; de tierra, dice también Idrīsī, era la de Tarifa<sup>2</sup>. Aún quedan vestigios de las tapias de argamasa, levantadas en Almería en la primera mitad del siglo XI (fig. 4<sup>a</sup>).

<sup>1</sup> Según un párrafo inédito del *Bayān* de Ibn 'Idarī, el representante en España del monarca almorávide instituyó en el año 519-1125 un impuesto llamado *ta'tīb*, cuyo importe se destinó a la reconstrucción y reparación de las murallas de las principales ciudades (Lévi-Provençal, *La Péninsule Ibérique au moyen âge*, p. 223).

<sup>2</sup> Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. R. Dozy y M. de Goeje (Leiden 1886), p. 176 del texto árabe y 212 de la trad. francesa.



*Fig. 5<sup>a</sup> — Granada. Puerta Monaita (siglo XI).*



*Fig. 6" — Ronda (Malaga). Puerta de los Molinos (siglo XII o XIV).*

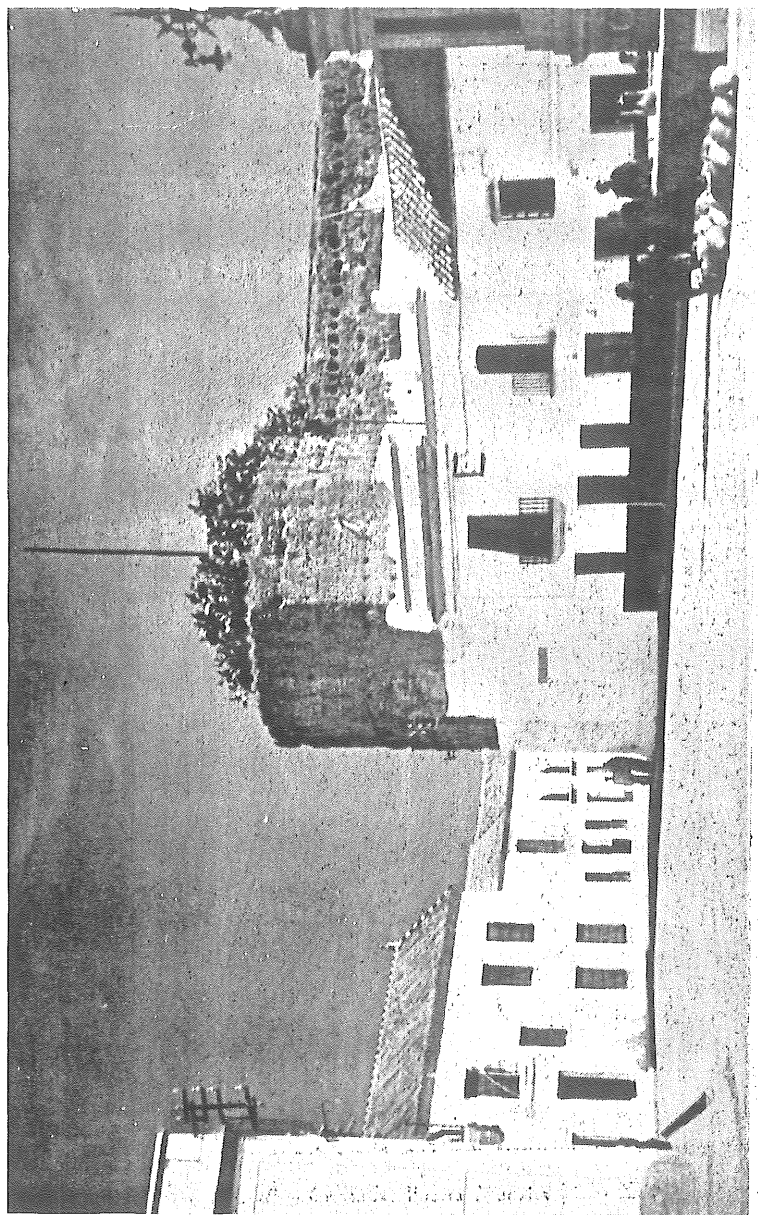


Fig. 7<sup>a</sup> — Écija (Sevilla). Torre albarrana : siglo XII.



Fig. 8" — Plano de Almería islámica, con la medina y los arrabales.

Algunas ciudades reducidas tenían una sola puerta de ingreso; aumentaba su número con la importancia de aquéllas (figs. 5ª y 6ª). No se conserva ninguna de época califal. En el siglo XI empezaron a aparecer las de entrada en recodo, así dispuestas para dificultar el acceso al enemigo.

En las fortificaciones hispanomusulmanas hay disposiciones procedentes de Oriente, y otras, como las torres albarranas, que en la Península tomaron carta de naturaleza, mucho más perfectas y eficaces que las contemporáneas del resto de Europa (fig. 7ª).

*Organización de la ciudad: la medina, los arrabales y los barrios*<sup>1</sup>.

Las más importantes ciudades hispanomusulmanas estaban formadas por un núcleo central rodeado de muros, llamado *madina* — medina en castellano, apelativo que conservan numerosos topónimos —, en el que se hallaban la mezquita mayor, la alcaicería (*Kaisāriya*) y el comercio principal, y por una serie de arrabales — *rabad* en singular, de donde procede el nombre español, y *arbād* en plural — relativamente autónomos, apenas coordinados con aquélla. Los últimos estaban también casi siempre amurallados, con cerca unida a la de la medina (fig. 8ª). Ciudades había, como Cuenca, en que el núcleo de población era único, careciendo de arrabales exteriores.

Integraban, a su vez, medina y arrabales barrios de muy desigual extensión — *hāra* en singular y *hawma* en plural —, con frecuencia reducidísimos, formados tan sólo por una calle, limitados casi siempre por puertas que se cerraban por la noche. Los diccionarios traducen esas palabras árabes por calle y barrio a la vez, pues ambos conceptos se superponen con frecuencia. Cada uno de los arrabales y aun de los barrios más extensos, formaba, a semejanza de la medina, como una pequeña ciudad independiente, organizada en torno a una reducida mezquita, con sus zocos, tiendas, alhóndigas, baños y hornos.

Agrupábanse las gentes en los arrabales y barrios por sus creencias religiosas (arrabales de mozárabes y judíos, existentes hasta la invasión almohade a mediados del siglo XII) y por su lugar de origen, como en los barrios de Gomerés y Zenetes en Granada. Más frecuen-

<sup>1</sup> Breve resumen del artículo *La organización de la ciudad: la medina, los arrabales y los barrios* (*Al-Andalus*, XVIII, 1953, pp. 149-177.)

temente, por su medio de vida y ocupación: arrabal de los Barberos en Toledo; de los Curtidores (*al-Dabbāḡin*) en Zaragoza; de los Halconeros (*al-Bayyāzīn*) en Granada, Alhama, Quesada y Baeza, y de los alfareros (*al-Fajjārīn*) en Granada, y los barrios de estos últimos, de los bordadores o tejedores (*al-Tarrāzīn*) y de los funcionarios de la Corte (*az Zaḡḡīla*) en Córdoba. Su orientación respecto a la ciudad daba nombre a algunos arrabales, como al meridional (*al-Ŷanūbī*) y al oriental (*al-Šarquiyya*) de Córdoba, aún hoy llamado la Ajarquía. Uno de Mallorca conocíase por «el nuevo» (*al-ŷadīd*), por su posterioridad respecto a los restantes.

La palabra genérica «medina», seguida de otra para distinguirlas, nombra hoy a varias poblaciones españolas, acreditando su difusión en la época musulmana. En algunas, como Almería, es una calle la que aún se llama Real de la Almedina. Una puerta en Tarifa conserva el mismo nombre, así como la cuesta que a ella conduce.

La *madīna*, situada generalmente, cuando el solar lo permitía, en terreno llano, formaba lo que hoy llamaríamos el núcleo principal de atracción, que, conjuntamente con el recinto fortificado, daba unidad a la agrupación urbana. En la *madīna* se hallaban la mezquita mayor, la alcaicería, mercado cerrado de los productos más valiosos, numerosos *fanādiq* o alhóndigas (depósitos de mercancías foráneas que en ellos se vendían, a la par que posadas), varios baños y los zocos y mercados permanentes de importancia. Era, pues, la medina el centro de la vida religiosa y comercial de la ciudad extendida a su alrededor.

Atraída por la asistencia a la mezquita principal, en torno suyo desarrollábase la vida comercial de mayor importancia e intensidad, en tiendas situadas en las calles inmediatas, en la alcaicería, en las alhóndigas o *fanādiq* y en los zocos. En torno a ese oratorio se agrupaban también los puestos provisionales de los comerciantes modestos, con sus toldos y mostradores portátiles, y circulaban los vendedores ambulantes, ofreciendo a gritos su mercancía.

La palabra *rabaḍ* figura en casi todos los diccionarios árabes con el significado de barrio populoso fuera de muros, exterior a la *madīna*. Tuvo, sin duda, en la España islámica esa acepción, pero también se llamaban así los barrios del interior del recinto central murado, aun los más céntricos.



*Calles principales, adarves, calles encubiertas y arquillos.*

*Calles principales y secundarias.* — Antes se dijo cómo las ciudades islámicas tenían unas cuantas calles mayores o principales sinuosas que unían las puertas opuestas del recinto murado. Aún se reconoce su trazado en los planos de Córdoba, Sevilla y Granada. Prolongábanse a través de los arrabales inmediatos. De ellas arrancaban calles, estrechas y tortuosas, de las que nacían a su vez abundantes callejones ciegos, sin salida, que penetraban profundamente en las manzanas, ramificándose laberínticamente, como las venas en el cuerpo humano.

Un forastero extraviado en el siglo XV en una ciudad española de abolengo occidental, Valladolid, Burgos o Barcelona, por ejemplo, hubiera podido, lo mismo que en las modernas, continuar indefinidamente calle tras calle, dando vueltas por ella. El que no conoce bien Toledo y gusta de recorrer al azar sus pintorescas callejuelas, tiene que desandar con frecuencia el camino recorrido al llegar al fondo de una sin salida, desierta y silenciosa, entre cuyos guijarros crece la hierba. Tal vez sea Écija la ciudad española que conserva más intacto su trazado urbano islámico; abundan en ella las calles ciegas; en los barrios menos transformados de Córdoba, Sevilla y Granada aún subsisten algunas (figs. 9ª y 10ª).

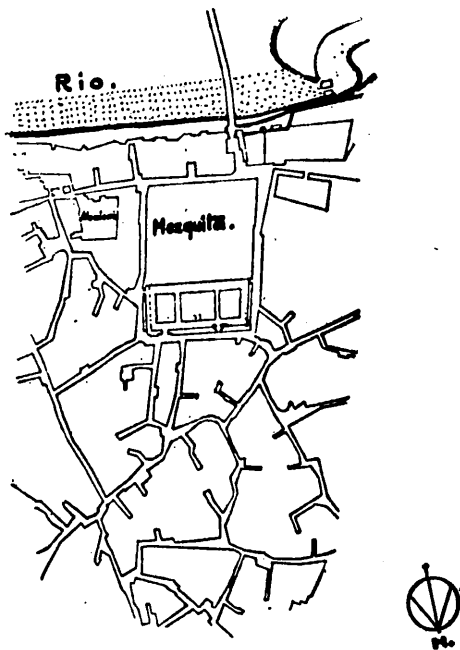


Fig. 9ª — Córdoba: Plano del barrio inmediato a la Mezquita.

*Adarves* <sup>1</sup>. — La palabra castellana «adarve» ha cambiado varias veces de significación al correr de los siglos. Hoy se entiende por ella el espacio que hay en lo alto del muro de las fortalezas, sobre el que se levantan las almenas; del siglo XIII al XVI se llamó adarve al mismo muro; en el árabe hispánico, la palabra *darb*, de la que la castellana procede, significaba y significa todavía en Marruecos, callejón,

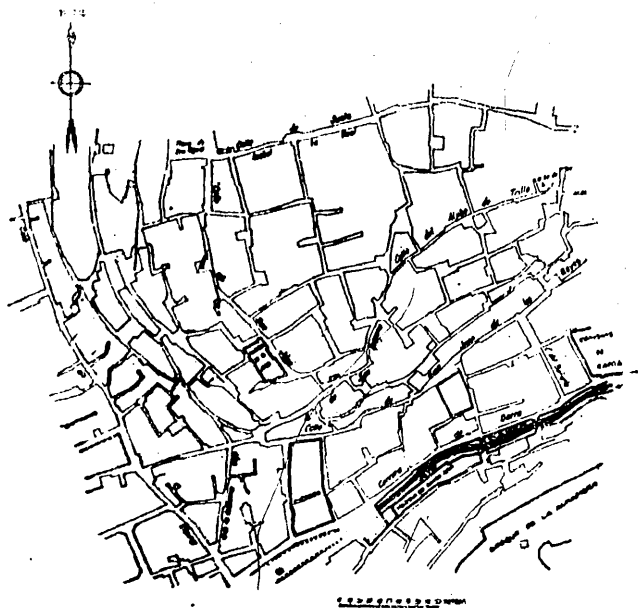


Fig. 10ª — Granada. Plano de los barrios de los Axares y de la Couracha, en la orilla derecha del Darro.

generalmente sin salida, con una puerta en su ingreso que se cerraba por la noche para la seguridad de los vecinos.

Las ciudades hispanomusulmanas comprendían gran número de estos *durūb* — plural de *darb* —, angostísimos y a veces de gran profundidad, que penetraban en las extensas manzanas. Numerosos son los citados en Córdoba por autores árabes del siglo X al XI, con mo-

<sup>1</sup> Los *adarves* de las ciudades hispanomusulmanas, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XII, Madrid 1947, pp. 164-193).

tivo de habitar en ellos gentes significadas cuyas biografías escribieron<sup>1</sup>. Ibn Ḥazm, en su famosa obra *El Collar de la paloma*, cuenta que si un vecino de esa ciudad se entretenía por la noche charlando en casa de un amigo, no podía entrar en su vivienda hasta la mañana siguiente, por haber salido la ronda<sup>2</sup>. También Ibn Sa'īd, citado por Maqqarī, alude en el siglo XIII a los *durūb* de las ciudades de al-Andalus, provistos de puertas con cerraduras que se cerraban después de la tercera hora de la noche; en cada uno había un sereno armado — *al-darrabūn* —, con una linterna y un perro. Su función era evitar los asaltos, robos y asesinatos nocturnos.

Muḥammad al-Anṣārī, ceutí autor de una descripción de su ciudad natal en los primeros años del siglo XV, dice que cada una de sus calles daba acceso a un *darb* para cuya vigilancia había serenos a sueldo<sup>3</sup>. En el «Repartimiento» de Valencia, hecho poco después de su conquista en 1238, se citan adarves con puerta.

Los documentos mozárabes de Toledo de los siglos XII y XIII, publicados por González Palencia, nos permiten introducirnos en la red de calles y callejas que cortaban entonces y en gran parte siguen cortando el núcleo urbano de Toledo. En ellos abundan las referencias a adarves, existentes tanto en el núcleo de población habitado por cristianos y musulmanes como en la judería.

Los barrios de vivienda estaban, pues, formados por manzanas grandes e irregulares en las que penetraban profundamente adarves, con acceso por calles de tránsito libre. El adarve podía estar abierto por su otro extremo a una calle, a un corral, o cerrado, es decir, en este último caso, sin salida; unas veces se reducía a una pequeña calle o callejón — «adarvillo» o «adarvejo» en el castellano medieval — y otras constaba de varias calles o callejuelas. En ocasiones, como el de la Sueca en la judería toledana, en el siglo XIII, era una plazuela en la que se celebraba un mercadillo. Al adarve se abrían las puertas de las viviendas, pocas o muchas, según su extensión. Treinta y tres encerraba uno de Mallorca, mencionado a poco de su conquista.

Gallotti, en un libro en que describe sutilmente algunos aspectos

<sup>1</sup> En el fondo de un largo *darb* cordobés — *fi ajur darb tawīl* — tuvo lugar un episodio erótico que figura en la biografía de Aḥmad ibn Kulayb, según Dabbī, *Buḡya* (*Bib. Arab. Hisp.*, III), n.º 462.

<sup>2</sup> *El Collar de la Paloma*, trad. por Emilio García Gómez (Madrid 1952), p. 282.

<sup>3</sup> *Une description de Ceuta musulmane au XV<sup>e</sup> siècle*, por E. Lévi-Provençal (*Hespéris*, XII; 1931, pp. 145-176) (texto árabe).

urbanos del Marruecos de hace medio siglo, dice el concepto que tenía de su casa el indígena de esa época, seguramente no muy distinto al de cualquier vecino de las hispanomusulmanas: «Lo que quiere es elevar un muro entre su reposo y los caminos fértiles en emboscadas de la campaña insegura; un muro entre su descanso y los pestilentes olores de la ciudad, las cataratas de la lluvia, el ardor del sol, el soplo del viento, la muchedumbre piojosa y el tumulto de las caravanas; un muro entre su descanso y las preocupaciones de sus negocios, las intrigas del representante del sultán, la corrupción de los jueces, la rapacidad de los más audaces y la envidia de todos; un muro para sentirse plenamente en su casa, como en su lecho y en su tumba»<sup>1</sup>.

*Calles encubiertas y arquillos.* — Las angostas y tortuosas calles aparecían cortadas frecuentemente por cobertizos y pasos que unían las plantas elevadas de las casas fronterizas, a un lado y otro de la calle, disposición de la que aún pueden verse ejemplos en Toledo y en varias villas andaluzas, aragonesas y valencianas. La calle quedaba así parcialmente encubierta. Continuaron levantándose estos pasadizos después de la Reconquista. Las Ordenanzas de Toledo disponían que los constructores de «sobrados que atrauiessen las calles, a que dizen encubiertas», debían de hacerlos de altura suficiente para poder pasar bajo ellos «el cauallero con sus armas e que non le embargue».

Respondía esta disposición a lo apretado, dentro de la cerca, del caserío urbano. Faltas de espacio, unas viviendas montaban sobre otras y se extendían sobre las calles, cubriéndolas en parte. Sin restar superficie a éstas, aumentábase así la edificada.

Esas calles medio cubiertas ofrecían fuertes contrastes, zonas de sombras espesas, bajo las construcciones voladas de poca altura, gratos refugios en los días cálidos, alternando con otras intensamente soleadas, de luz cegadora.

Arquillos transversales interrumpían frecuentemente las calles por su parte alta, cortándolas, como cortan todavía las islámicas de Oriente y del norte africano. Unos servían para colocar puertas de cierre de barrios o adarves; otros ayudaban a sostener casas de precaria estabilidad por su rápida y pobre construcción. Abundaban, y abundan aún en las ciudades marroquíes, los que sirvieron para sostener habitaciones altas sobre la calle, arruinadas.

<sup>1</sup> Jean Gallotli, *Le jardin et la maison arabe au Maroc*, I (Paris 1926), p. 7.

*Plazas* <sup>1</sup>.

La plaza llamábase en árabe hispánico, *raḥba* — plural, *riḥāb* y *raḥbāb* —. Si en ella había tiendas permanentes o comercios provisionales, entonces recibía algunas veces el nombre de *sūq* — plural, *aswāq* —. Esta palabra no siempre llevaba implícito el concepto de plaza; el zoco, que es la castellana derivada, lo mismo podía estar en una plaza, que en una calle, en un espacio libre fuera de murallas, etc. Zoco equivale, pues, a mercado, permanente o periódico. Tales nombres no aparecen siempre bien diferenciados, y es frecuente la cita de *raḥbāb* con tiendas, y de calles que también las tenían, y, sin embargo, no se las nombra *aswāq*. Un pequeño mercado instalado en una plazoleta, daba a ésta el nombre de *suwaiqa*.

Dentro del recinto murado no existían grandes espacios libres. En la red de calles y callejuelas tortuosas y desiguales, el frecuente y caprichoso ensanchamiento o el cambio de dirección de una calle formaban como pequeñas plazoletas y rinconadas de reducida superficie. Junto a la mezquita mayor y al lado de las secundarias, solía haber una plaza algo más amplia, ocupada en parte por comercios. Los patios de las mezquitas suplían, salvo en las horas destinadas a las oraciones rituales, el escaso tamaño de las plazas. Las gentes se repartían, además, por las calles y zocos próximos, y por la alcaicería, cercana también a la gran mezquita. En algunas ciudades había otras plazas reducidas, a veces con tiendas, y fuera del recinto murado, junto a las puertas, era frecuente la existencia de zocos en los que se vendían productos procedentes de los contornos.

Muchas gentes pensarán que las disposiciones descritas, vivas en las ciudades marroquíes y en las islámicas orientales, son tan sólo curiosos recuerdos en las hispánicas de abolengo musulmán y supervivencias destinadas a ser barridas por la vida moderna en esas otras africanas y asiáticas. Pero los creyentes en el eterno retorno de los moldes históricos encontrarán un argumento a favor de sus teorías en recientes principios de ordenación urbana.

<sup>1</sup> *Plazas, zocos y tiendas de las ciudades hispanomusulmanas*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XII, 1947, pp. 437-476).

En las ciudades modernas, y en las de Norteamérica muy destacadamente, las calles son todas de tránsito, cada vez más rápido. Algunas, como Nueva York, carecen de fuentes, jardinillos y ensanchamientos que permiten el descanso y la contemplación reposada, pero alargan las distancias y son obstáculos para el vertiginoso tráfico. Los vecinos de las casas alineadas con regularidad perfecta en sus orillas, no pueden disfrutar de dos cosas necesarias, periódicamente, por lo menos, a todo espíritu cultivado: la soledad y el silencio, repetidamente calificado el último de maravilloso por Cervantes en varias de sus obras. Ante esa disposición absurda de las ciudades modernas, hoy se tiende cada vez con mayor afán a disponer un centro urbano destinado exclusivamente a la vida comercial y de relación, acumulando en otra zona las industrias, y a construir barrios de viviendas apartados de ambos, con calles relativamente estrechas, en las que la circulación sea escasa. En lugar de estudiar los trazados urbanos, como hasta ahora se ha hecho, comenzando y a base de las calles, se tiende hoy a dar primordial importancia a los solares en los que posteriormente se levantarán las viviendas, solares que en parte condicionan la forma y el trazado de las vías.

Con su tradicionalismo y sabiduría milenaria, los orientales, fieles a su vieja e invariable fórmula urbana, no necesitan hoy transformar sus ciudades de acuerdo con las últimas directrices, pues a ellas responden desde hace siglos.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.